

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales.

¿Donde está...?

Por entre tortuosos senderos y en la obscuridad de una noche fría cabalgaban tres caballeros de porte distinguido y vestidos a la usanza oriental.

Abismados, al parecer, estaban en profundas meditaciones en medio de una gran llanura cuya soledad era tan sólo turbada por los rugidos y tropiezos de sus camellos; hasta el astro de la noche parecía regatearles sus plateados rayos, ocultado entre densos nubarrones.

El silencio fué interrumpido por el más viejo de ellos. Amigos míos, dijo, la fortuna parece que esta indispuesta con nosotros esta noche.

—Por cierto, contestó otro de negra y rizada barba, horas largas hace ya que estamos bajo el dominio de las sombras y no hemos visto la estrella.

—Ansioso estoy, añadió el tercero, puesto que sin ella dudo que lleguemos a ver el rey que anunciaba.

—Confianza, amigos míos, replicó el primero, que es imposible que la misericordia de aquel gran Dios, que nos iluminó por vez primera, se termine tan pronto.

Y continuaron su marcha por escabrosos caminos, mirando a menudo el firmamento cuyo negro manto iba desapareciendo al brillar la estrella de la mañana, cuando de súbito el de la negra barba dió un grito de alegría señalando en la bóveda celeste la estrella de esta.

—¡Ah! ¡ah!, amigos, ¡alégrense nuestro corazón! por fin hemos podido volverla a admirar y ella nos guiará para proseguir nuestro camino en busca del nuevo rey.

—Gracias te sean dadas ¡oh gran Dios! exclamaron todos.

Pero tan pronto ya lanzaba por doquiera sus purpúreos rayos y las nubes con sus gélidos saluda al astro rey.

Con sorpresa vieron que por un costado de donde había reaparecido la estrella se levantaba una gran ciudad de anchas y ele-

vadas torres, la un día grande y victoriosa Jerusalén y ahora abatida bajo las garras del águila imperial que coronaba el monte Moría.

A ella se dirigieron llenos de alegría, seguros de encontrar noticias del gran rey por la milagrosa estrella predicho.

Grande fué la algarabía que se armó en sus calles al paso de tan regia e inesperada comitiva; los magos preguntaban por decir: «¿Donde está el que ha nacido rey de los judíos?». Los gentes quedaban perplejas a pregunta tan nueva y con tanta ingenuidad hecha y se abalanzaban hacia los soldados que prestaban la guardia en la puerta de la ciudad en confirmación a tan estupenda noticia.

A fin fueron conducidos por los soldados al palacio del gran Herodes que en nombre del imperio romano gobernaba los destinos de la Judea.

Los magos, después de una profunda reverencia, según la costumbre oriental le dirigieron la misma pregunta que era ya del dominio de toda la ciudad: «¿Donde está el que ha nacido rey de los Judíos? porque vimos su estrella y venimos a adorarlo.»

Pálido se puso Herodes a tal pregunta que le parecía una amenaza a su corona por el oro y la adulación ceñida. Llamó a consejo a los ancianos de la ley para saber noticias y contestar a los magos. Ya en su presencia y enterados de la pregunta del rey, un anciano cuyas canas le daban un venerable y majestuoso aspecto, contestó:

—¡Oh gran Rey! El gran Jehová a cuya presencia se postran las milicias celestiales y cuyo trono se halla en lo más alto del empireo, ha revelado varias veces por sus profetas, que de entre nosotros, su pueblo escogido, suscitaría un rey. Grande es Jehová y su omnipotencia infinita.

En Betlehem de Judá debe nacer nuestro rey de que nos hablas, pues está escrito por el Profeta: «Y tu Betlehem, tierra de Judá, na eres ciertamente la me-

nor entre sus principales ciudades, porque de ti saldrá el caudillo que regirá a Israel, mi pueblo».

Ya el astro rey con su veloz carrera se alejaba hacia las montañas de la antigua Tharsis cuando los magos recibieron la contesta del rey.

Resueltos salieron de la ciudad en cuyas puertas se agolpaba la multitud, que deseosa de conocer a los personajes que tanto revuelo habían alzado en ella, a los alrededores del Palacio había acudido.

Fuera ya de ella y acariciados sus rostros por una fría y suave brisa, continuaron su interrumpido camino comentando las impresiones que de la ciudad recibieron. La noche se presentaba tranquila, la inmensa bóveda celeste tapizada de innumerables y resplandecientes estrellas junto con los plateados rayos de la luna daban a la tierra un alegre y poética aspecto. De súbito se les apareció cerca de ellos una gran luz, sus ojos radiaron de alegría al reconocer su venturosa estrella; guiados por ella llegaron a una resplandeciente cueva donde

Entre una mula y un buey Hallan al suspirado rey.

Postrados le adoraron ofreciéndole por presentes oro, incienso y mirra, tributos de la divinidad, junto con la realeza, mientras brillantes querubines entonaban con su melodiosa voz: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad».

P. M. S.

La Virgen durmiendo al Niño

(Pensamiento de Navidad, con música del mismo autor)

I
«A la Nanita, nana,
Nanita, es,
mi Jesús tiene sueño,
¡bendito sea!»

Duérmete, Niño hermoso,
prenda querida,
que tu Madre te guarda,
¡loz de mi vida!

Duérmete, Niño mío,
mi Bien, mi Dueño,

mientras tu Madre vela
tan dulce sueño.

I I

¡Ay, que pena, Jesús mío,
me dan esos ojos bellos,
cuando pienso que algún día
ya no he de mirarme en ellos!

Lindas manos adoradas,
rostro más puro que el Sol,
¡con cuánta tristeza os beso,
Niño de mi corazón!

I I I

Ángeles que arrulláis
junto a la cuna,
a mi Jesús que duerme
sin pena alguna,
cobijadle amorosos
con vuestras alas,
y que no se despierte...
¡Hijo de' alma!

M. RAMOS LUQUE.
Presbítero.

De aquí y de allá

Noticias de Jerusalén describen con detalles conmovedores la ceremonia religiosa que en la santa ciudad de Belén se verificó el día de Nochebuena.

En la misión francesa se celebró de noche una misa de pontifical, que presidió el cardinal Dubois y que presenciaron el vicario del patriarcado, los prelados de Maus y Gyp, un delegado del alto comisario francés, el almirante Muruet, y un ayudante del general Gontaud.

La población de Belén hizo un entusiasta recibimiento al purpurado francés y a su séquito.

En Jerusalén también hubo gran fiesta de Navidad en el convento de dominicos franceses de San Esteban, y asistieron a ella muchos personajes oficiales, pueblo y comunidades religiosas.

LE FIGARO

Alfredo Capus dice que las diversas hipótesis sobre la nueva elección presidencial en Francia dan como probable sucesor de Poincaré a Clemenceau y son comentadas en el país con verdadero apasionamiento.

Por todos lados se recibe la impresión sustentada por la gran mayoría del país, de que el man-